no perder el resto. Si no pensáis pronto en ello y como es preciso, lo perderéis por completo.

Nos hablan de los fuegos y de las llamas del infierno: son horribles, son espantosas; pero, a mi parecer, son poca cosa en comparación con esa pena, con esa visión del tiempo pasado y del mal uso que se hizo de él. Nuestro espíritu se dedicará toda la eternidad a representarnos vivamente la vanidad de los objetos que nos han apartado de Dios, lo fácil que era salvarse. Era tan fácil confesar ese pecado, tuve tantos años de salud después de mi caída, y ¿por qué esperaba yo a la hora de la muerte, y por qué al día de mañana? ¿Dónde estaba mi espíritu, yo que me hacía el importante, y que pasaba por hombre juicioso y de tan buen consejo para los otros? No había más que hacer lo que éste y aquél bien hicieron. Esto me parece algo tan horrible que, si todos los otros suplicios del infierno pudieran ser separados de éste y Dios dejara a mi elección o bien ser sumergido en ese espantoso abismo de males o solamente ser afligido con esa pena, no dudaría un solo momento en elegir el conjunto de todos esos tormentos para librarme de éste otro; pero jamás el uno será separado del otro: eternamente sufriréis, os doleréis del tiempo, de los medios fáciles de salvaros que tuvisteis, que despreciasteis.

¡Oh Dios mío, mi buen Mestro, mi amabilísimo Redentor, no me condenéis, os lo ruego, por vuestra sangre preciosa, por este amor tan tierno y tan ardiente que me habéis siempre testimoniado! Pero hagamos nosotros mismos lo que es necesario para salvarnos; salvémonos, aunque todo el resto debiera perecer.

Se volvería uno loco si pensara en esto. Se volvería uno loco de esta locura, que no lo es más que a los ojos del mundo insensato, y que ante Dios es la elevada y soberana sabiduría. ¿Sabéis lo que me haría volverme loco, si me dedicara a querer comprenderlo? Sería intentar poner de acuerdo la vida de un pecador y la creencia en el infierno; cómo puede ser que creáis que hay un infierno, una eternidad de penas, y que viváis en el peligro continuo de caer en el; que sepáis que hay penas tan horribles, que incluso confeséis, que considerándolas con un poco de atención se volvería uno loco, y que sin embargo no

os hagáis bueno. Os volveríais loco, decís, si pensarais en esa eternidad. Imagináis pues que es algo espantoso; pero, decidme, ¿el no pensar en ello hace que la cosa no sea, o que no debe ser para vosotros? Si pensar en ello produce un efecto tan grande, ¿qué será el sufrirlo? Es una cosa tan horrible, decís, que no podéis pensar en ello; ¡y no teméis caer en ello! Esto es lo que yo no entiendo y no entenderé nunca. No tenéis la valentía de pensar en la muerte: no me extraña; tenéis horror a pensar en la eternidad, y os precipitáis a ella. Dios mío, tened piedad de nosotros, compadeceos de nuestra ceguera, que no sabemos lo que hacemos, somos pobres insensatos.

Imaginaos el dolor y la confusión de un hombre sorprendido en el crimen, que la justicia humana hace encerrar en un calabozo en medio de una banda de malhechores, esperando que su proceso sea juzgado. Comparo este dolor con el de un cristiano que se encuentre en el infierno, en compañía de todos los criminales que haya habido en la tierra. En la prisión se conserva alguna esperanza de escapar, o bien huyendo, o bien por las intrigas y el crédito de sus amigos, o bien por las solicitaciones y el dinero de sus padres. Se recibe algún consuelo con las visitas de los allegados y con los cuidados que toman de velar por vuestras necesidades; pero, en el infierno, ¿quién podrá o incluso querrá, aunque pudiera, consolaros y arriesgarse a desagradar a Dios por la compasión que se tendría de vuestras miserias?

San Bernardo, hablando del estado de los condenados, dice: Es sabido que el alma es inmortal y que no vivirá un solo momento sin su memoria, por miedo a que no cese un momento de ser lo que es: de manera que, mientras el alma subsista, la memoria también subsiste; pero, oh Dios, ¡en qué estado! toda infectada de pecados horribles por sus crímenes, inflada de vanidad, odiosa por el desprecio y la negligencia.

Las cosas que han precedido han pasado y no han pasado; lo que se ha hecho no puede dejar de haberse hecho. Así aunque el hacer haya sido en el tiempo, haber sido hecho permanecerá eternamente; lo que ha pasado los tiempos no pasa con el tiempo, y, por consiguiente, es de inevitable necesidad que

seáis eternamente atormentado, por lo que eternamente os acordáis de haber hecho mal.

Si es cierto que se sufre efectivamente todos los males que se teme sufrir, ¿qué debe decirse de los que uno está seguro de sufrir, como los condenados lo están de sufrir eternamente? Placeres, vanos placeres, ¿quién me habría dicho, cuando os buscaba con tanto ardor, cuando os gozaba con tanto transporte, que vuestro recuerdo me sería un día tan amargo?

Es extraño que Dios haya estado obligado a hacer un infierno para impedir a los hombres ofenderlo, después de la gratitud que le debemos: era necesario que nos creyera bien débiles o bien ingratos; pero es extraño que esto mismo no lo ponga a cubierto de nuestras transgresiones. Dios ha hecho el infierno por el celo de nuestra salvación; pero, ¿de dónde viene, Dios mío, que no nos hayáis dado más conocimiento o más temor? ¿Por qué habéis preparado tan horribles penas para el pecador, o por qué se las habéis ocultado? Se habría sumergido en toda suerte de crímenes, si Vos no hubierais detenido su licencia con este dique, es cierto; pero habría evitado hasta las más pequeñas faltas si hubiera visto los tormentos con los que las castigais. Pero no tenemos razón de quejarnos. El no ha cesado de instruirnos, pero nosotros no repasamos sus instrucciones, no nos dignamos a traerlas al recuerdo, no hacemos ningún esfuerzo por comprenderlas.

El fuego que rodeará el cuerpo por todas partes, en el que los condenados estarán sumergidos, los abrasará sin consumirlos, de manera que la piel de cada uno le servirá como de brasa en la que hervirá la carne, la grasa, la sangre, la médula de los huesos, dando Dios, añadiendo al poder dolorífico, por así decirlo, lo que quite al poder de consumirse, dándole el poder de introducirse, de invadir, de entrar, de penetrar. Esto os hace temblar; yo también tiemblo de lo que pienso y no sabría explicarlo; tiemblo cuando reflexiono que todo lo que imagino no es nada en comparación con lo que es. Aunque os hubiera representado verdaderamente lo que el cuerpo sufre, ¿qué es todo esto en comparación con lo que este fuego hace sufrir al alma?

Nuestro fuego tiene mil usos: está hecho para calentar,

para iluminar, para quemar, para cocer, para alegrar, para purificar; el del infierno no está hecho más que para atormentar; es un fuego particular. Es llamado por los Padres fuego inefable, fuego maravilloso, fuego del que no puede decirse nada; no se apaga, no se debilita, no se ilumina: son las tinieblas palpables, líquidas y ardientes.

CAPITULO VI

El abandono de Dios

Una señal de que uno se encuentra en este estado es cuando uno no se avergüenza ya del vicio. Otra cuando se llega hasta el punto de incluso censurar la virtud y avergonzar a los que la practican. En este mismo punto hay que recordar a los que ven sin temblar el cambio que se ha operado en ellos, que se burlan de ellos mismos cuando se acuerdan de su devoción y de su santidad pasada.

La vergüenza y el temor de Dios son dos cosas bien diferentes, pero sin embargo están casi siempre en el alma en igual grado. La vergüenza es la más fuerte de las pasiones. ¿De dónde viene que, cuando alguna otra pasión ha vencido todo, no quede más recurso contra ella en el alma?

Quienes presumen mucho de sus luces son quienes caen en la ceguera, los que pretenden juzgar sobre todo con las solas luces de su espíritu. Da una gran pena ver con qué temeridad estos bellos espíritus deciden todas las cosas y presentan sus sentimientos como oráculos, sin razón, contra toda suerte de razones, con una audacia que sorprende a los ignorantes, pero que produce compasión a quienes saben algo.

Todo vale para cegar a los ciegos, los milagros, los buenos ejemplos, como todo sirve a los predestinados, hasta los pecados de los otros, e incluso sus propios pecados.

Estas personas creen que no hay nadie en el mundo que sea más sabio que ellos mismos; creen ser más sabios que todo el mundo junto. De donde viene que, sin razonar, presenten cien cosas extravagantes, de las que jamás sabrían dar pruebas. Se

quejan de que hay que creer sin razonar; en ellas mismas hay que quejarse sobre este punto.

Se han cerrado todas las vías de retorno, como la docilidad, la desconfianza, el pudor.

Hay personas endurecidas de tres tipos: los que hacen el mal con un conocimiento perfecto; otras que huyen de tener el conocimiento, a fin de hacer el mal; los que no tienen ningún conocimiento, ningún buen movimiento.

Pilatos y el Faraón, y todos los que persiguen a los hombres de bien por respetos humanos o por alguna otra razón que pueda haber.

Ellos saben, se deciden a ello, pero no quieren llegar a los efectos; se diría que Dios les ha endurecido. *Et factum est sicut locutus est Dominus, et non audierunt, sic clamabunt, et non exaudiam.*

CAPITULO VII

Las riquezas

¿Por qué es difícil salvarse siendo rico? Porque hay que unir el desapego con la posesión, no tener más que desprecio por lo que nos hace considerados. He nacido de un padre rico que me ha dejado bienes; tengo necesidad de ellos para vivir según mi condición; ello conlleva que me vista magníficamente, que mi mesa esté cubierta de viandas exquisitas, que viva en una mansión adornada de ricos muebles. En esto es en lo que os encuentro desgraciado. ¡Qué difícil es que os salvéis, ya que para salvarse la humildad y la cruz son necesarias!

Las riquezas producen de ordinario, o muchos trabajos, o muchos placeres; demasiadas espinas o demasiadas rosas. Las espinas ahogan la semilla de la gracia; el perfume de las rosas aturde y embriaga por su dulzura; se vive al mismo tiempo en las preocupaciones y en los placeres, que son las dos cosas más opuestas a la salvación.

El demonio tienta a los ricos, queriendo servirse de ellos para establecer su imperio, queriendo tomar los caminos

opuestos a Jesucristo. Los sabios y los príncipes han sido los jefes de los cismas y de las herejías; el demonio seduce a los sabios que se alían con los grandes. Tienta a los ricos, porque su ejemplo es más pernicioso, porque está obligado a servirse de los medios humanos, los divinos le faltan.

Las tentaciones que el demonio hace a los pobres no vienen más que de las cosas necesarias para la vida. Ahora bien, estas cosas están bastante limitadas, y es fácil tenerlas por vías lícitas, sin contar con la seguridad infalible de que Dios provee. Pero a los ricos los tienta con el deseo de cosas superfluas, que no tienen límites, y así la tentación es continua. Estas cosas no se pueden esperar de Dios, y así, cuando se desean, se ven obligados a buscarlas por vías humanas o ilícitas. Como no se espera de Dios el objeto de estos deseos, se cesa de rezar, se le olvida, se le desprecia fácilmente. Adquiriendo lo necesario, se calma el deseo que uno tiene de ello; adquiriendo lo superfluo, se aumenta, se inflama la ambición que nos llevaba a buscarlo.

Los pobres, acostumbrados, por necesidad, a privarse incluso de las cosas permitidas, no tienen dificultad en ceder a la gracia de Dios, ya sea que los lleve simplemente a la observancia de los mandamientos de Dios, ya sea que los empuje a la santidad y a la mortificación de consejo; mientras que los que tienen riqueza, no sólo no tienen facilidad para privarse de las cosas permitidas, sino que juzgan incluso imposibles los mandamientos. De ahí viene que es más fácil convertir a un pobre que a un rico.

La avaricia de ese gran deseo de tener bienes. Pero me diréis que ese deseo no os lleva a nada contra la ley de Dios. Yo os respondo que os hace abandonar el servicio de Dios y el cuidado de vuestra alma, que son las únicas cosas que tenéis que hacer; es la causa de que descuideis la educación de vuestros hijos, os induce a mil pasos falsos.

Hay demasiados cristianos que imitan a los de la tribu de Ruben, de Gad y de la mitad de Manasse, que, encantados con los campos que estaban del lado de acá del Jordán, las pidieron a Moisés, como su parte, y renunciaron por ello a la tierra prometida, que estaba del lado de allá del Jordán. Lo que nos

hace preferir la felicidad de esta vida a la morada de la patria celestial, son nuestras riquezas. Uno se ocupa enteramente de los cuidados y los deseos de la tierra. Los hombres ricos encuentran en ello su descanso y su felicidad; no se toman la molestia de buscar otros bienes, satisfechos con lo que encuentran en la tierra para alimentar al hombre animal y carnal.

Los más prudentes entre los ricos no se atienen a lo que ven hacer a la mayoría, se salvan por el buen uso que hacen de sus bienes. Se puede decir con verdad: Almas santas, esperad en la misericordia de vuestro Dios, que ve cómo hacéis uso cristianamente de la más peligrosa trampa que el demonio tiene para perder a los cristianos. Vosotros sois libres entre los muertos; vosotros poseeis los bienes terrenales sin tener nada de la tierra; vosotros no habitais en los sepulcros de los muertos, sino que tocáis a los muertos, sin mancharos, porque sois ya como muertos en el mundo y vivos en el cielo, y vuestra vida está oculta en Jesucristo.

San Gregorio de Nazianzo, contra Julián, se había atrevido a exponer esto y a mantenerlo ante todos los gentiles: En cuanto al dinero y a las riquezas, dice, ¿quién de entre nosotros lo posee en abundancia? Y si ha habido algunos, no las han poseído más que para dar testimonio del desprecio que sentían por él, abandonándolas y repartiéndolas a los pobres, estimando que su mayor riqueza era la pobreza.

LA PAZ A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

INTRODUCCION

Es cierto que al nacimiento de Jesucristo todo el universo gozaba de una profunda paz bajo el reinado del gran Augusto; pero puede decirse que esta paz era parecida a la calma y el silencio de la noche, suficientemente cómoda para quienes no buscan más que el descanso o la libertad de hacer todo impunemente, pero triste y horrible para quienes gustan de ocuparse útilmente, o están obligados a avanzar para llegar al término de su carrera.

La idolatría estaba entonces tan extendida que a excepción del pueblo judío todo el universo estaba sumergido en ella; se había multiplicado hasta el punto de que el número de dioses casi igualaba al de los hombres. Es cierto que algunos espíritus más iluminados conocían su falsedad y superstición, pero estaba establecida que quienes tenían aún esas luces puras no se atrevían ni a comunicarlas ni a seguirlas. ¿Qué decir de la corrupción de las costumbres, siempre general y sin límites por todas partes donde la verdad no existe? No nos atreveríamos a referir lo que san Pablo ha tocado en la primera epístola de los Romanos, y lo que san Jerónimo dice sobre ello más extensamente en sus comentarios sobre Isaías. Basta decir que el vicio no sólo reinaba, sino que incluso se hacía adorar, que era como la divinidad común que reunía a todas las sectas y que cada pueblo había añadido a sus dioses particulares.

En medio de esas espesas tinieblas, los pecadores vivían sin duda en la paz,nada los despertaba del más profundo adorme-

cimiento en el que estaban, y sus desórdenes eran más autorizados por la depravación general y por el ejemplo mismo de los dioses. Pero para las almas puras, para aquéllos que habrían tenido más conocimiento de la virtud y que habrían deseado practicarla, ¡qué pena, qué dolor, no hallar ningún rastro de ella sobre la tierra, no tener ni luz para descubrir las rutas que a ella conducen, ni maestro para enseñárselas! Dios sea por siempre glorificado, sea alabado y bendecido eternamente. Un gran día comienza a brillar; gracias a esta nueva claridad vamos a salir del estado deplorable de nuestra ignorancia; el hijo de Dios viene al mundo para iluminarnos y para enseñarnos los caminos de la santidad a quienes están movidos por el deseo de su propia santificación: *Pax hominibus bonae voluntatis.* Es lo que los ángeles manifestaron por medio de sus cantos, en el nacimiento de este príncipe pacífico. Que todos aquéllos a quienes Dios ha dado una buena voluntad dejen de inquietarse y de temer; Jesucristo va a abrirles el camino del cielo y a hacerse él mismo su guía. Permitid que os explique esta verdad; es muy consoladora para quienes desean vivir según las leyes del cristianismo, y no dudo que todos hayamos concebido este piadoso deseo. Pidamos a Dios las luces que nos son necesarias para sacar algún fruto de esta conversación; él no puede rehusarnos nada después de habernos dado a su hijo único, sobre todo si recurrimos a la intercesión de María por quien nos lo ha dado.

Un hombre de buena voluntad, en el sentido más natural y más literal, es aquél cuya voluntad está inclinada al bien y que desea seguir la llamada de la virtud. Pero hay muchos tipos de deseos, y no hay duda que no se trata aquí de los deseos más eficaces. No podría representaros mejor lo que yo mismo he observado respecto a estos verdaderos deseos que poniéndoos ante los ojos a estas personas alteradas que recorren montañas y valles para apagar la sed que los abrasa; que se lanzan con avidez sobre el primer arroyo que encuentran, sin considerar si está claro o enturbiado, como en otro tiempo los infortunados griegos que se sentían presos al mismo tiempo de la sed y de los enemigos, olvidaban el peligro en el que estaban de perder la vida y se disputaban al primero que hicie-

ra salir un agua cuyo fango estaba mezclado con su propia sangre.

He aquí la imagen más inocente que os puedo dar de la buena voluntad: es la disposición de un hombre que tiene hambre y sed de justicia, como dice Jesucristo, pero que está hambriento, que está alterado hasta un punto que no está ni cansado, que no ahorra peligros que afrontar para satisfacerse; que abraza con ardor todos los medios que se le ofrecen para satisfacerse, sin examinar si son fáciles o penosos, si son dulces o amargos a la naturaleza. ¡Oh! ¡inestimable don, exclama san Bernardo, esta voluntad santa y fervorosa! ¡Los que la hayan recibido se verán pronto colmados de bienes y de gracias sobrenaturales! ¡que dejarán bien detrás a esas otras almas frías y tímidas que no tienen más que deseos lánguidos para la ganancia más preciada y que más merece ser deseada! *Grande donum, bona voluntas quia in animo omnium est origo bonorum, et omnium mater virtutum.* Pero esta buena voluntad que es actualmente la fuente de tantas riquezas espirituales, ¿qué podría producir antes del nacimiento de Jesucristo, sino inquietudes y preocupaciones inútiles? Si los maestros de la vida espiritual han observado que un alma fervorosa, hoy incluso, si no es conducida sabiamente, se fatiga en vano y da muchos pasos sin hacer progreso, ¿qué podía uno esperar del máximo fervor antes de la encarnación del Verbo y la publicación del Evangelio? La ley antigua, es cierto, produjo hombres virtuosos; pero, a fin de cuentas, estaban sometidos a los errores y a las debilidades de los otros hombres, y uno habría podido equivocarse imitándolos. Por otra parte, no eran ejemplos de todos los tipos de virtudes, ni virtudes para todo tipo de personas; no era suficiente para satisfacer plenamente a aquéllos a los que encendía el deseo de servir a Dios. Pero, después que Jesucristo ha nacido, tenéis un guía, almas cristianas, y, bajo su dirección, no podéis perderos ya; un guía que dirigirá hacia los verdaderos objetos, que dará reglas, que dará satisfacción a vuestros piadosos deseos. Este guía, en primer lugar, conoce todos los caminos por los que se puede ir a Dios; en segundo lugar los enseña con claridad; en tercer lugar os los allanará por medio de sus ejemplos; en cuarto lugar, por

último, os introducirá, os hará marchar por él con su gracia.

CAPITULO PRIMERO

Es cierto que, cuando el alma de Jesucristo fue creada, Dios implantó en ella todos los dones naturales y sobrenaturales que podían hacerla digna del Verbo al que debía estar unida personalmente, la colmó de todas las gracias infusas que tienen alguna relación con las perfecciones divinas, y tuvo cuidado de que estas gracias fueran de una excelencia de algún modo infinita. Pero como la sabiduría es el carácter especial de la segunda persona, tuvo un cuidado muy particular de adornar este alma con una sabiduría superior y en la que la sabiduría de los más grandes reyes y del más sabio de todos los hombres no había sido más que una figura imperfecta. Por esta razón, aunque el Salvador del mundo no hubiera estado unido a la divinidad, hubiera merecido ser el consejo y el amo de las naciones; y produciría en el resto de los hombres el efecto de su prudencia en conducirse por sus máximas.

Además, entre las luces que le daba esta admirable sabiduría, la más clara, la más distinta, en una palabra, la más perfecta era sin duda el conocimiento de los caminos de la salvación y de la perfección. La razón es que estaba destinado a servirnos de guía en estos caminos y Dios está obligado a proporcionar los talentos de sus ministros a los deseos que tiene sobre ellos. Moisés, a quien había sido confiada la dirección del pueblo de Israel, había conocido por un favor especial los senderos por los que el Señor ha solido llevar hacia él a sus criaturas, según esta palabra de David: *Notas fecit vias suas Moysi.* ¿Cuánto más ha debido ser iluminado Jesucristo sobre estos santos caminos, él que debía ser el jefe de todos los predestinados?

Además de esta ciencia infusa de los caminos de la salvación, hay otra que se llama experimental, y que lo hace no menos capaz de servirnos de guía.

Quiero decir que él empleó todos los medios que pueden ponerse en uso para llegar a la más alta virtud: no sólo adqui-

rió mayor santidad que todos los demás santos juntos, sino que incluso reunió en él solo todos los caracteres de la santidad; llegó a la perfección por todos los caminos que a ella conducen, por medio de la inocencia, de la penitencia, de la alegría, del dolor, del honor, de la ignominia, de las gracias más señaladas, de las pruebas más duras, del celo infatigable, de la continua contemplación. Decidme, ¿quién puede enseñarnos mejor el camino de la salvación que aquel que ha recorrido todos sus senderos y que, en cada uno de estos senderos, ha llegado más lejos que todos los que jamás se han adentrado en ellos?

Añado además a esto que Jesucristo, aunque viajero en la tierra, no dejaba de ser al mismo tiempo comprehensor, como dice la Escuela escolástica, es decir, que aunque marchaba por los caminos de la santidad como los otros santos que están sobre la tierra, no dejaba de gozar de la visión de Dios, de la manera en la que los santos gozan en el cielo; merecía todos los días la recompensa que poseía ya: habitando en la Jerusalén celestial, estaba todavía en este lugar de exilio.

Suponiendo esto, ¿podía dejar de ver claramente en Dios todo lo que puede agradar a Dios? Teniendo un conocimiento tan distinto del más perfecto de todos los seres, ¿quién podía saber mejor que él lo que había que hacer para parecerse a él? En una palabra, ¿puede dejar de conducirnos con seguridad, ya que, desde el comienzo del camino, ve el término a donde aspiramos, y no lo pierde nunca de vista? Esto es todavía poco; Jesucristo no sólo es todo a la vez, en el camino y en el término, sino que él mismo es el camino y el término a donde debemos dirigirnos. *Ego sum via,* dice en el Evangelio, *veritas, et vita*: Yo soy el camino que conduce a la verdad, yo soy la verdad que lleva a la vida, yo soy esa misma vida a donde la verdad conduce; de manera que, quienquiera que desee someterse a la dirección de Jesucristo y unirse a él para dejarse llevar a Dios, es tan imposible que se pierda en su camino como es imposible que el camino mismo lo aleje del término a donde se dirige: no sólo hallará lo que busca bajo una dirección tan sabia, sino que ya lo ha encontrado.

¡Qué motivo de alegría para esas almas que son tan generosas, y sin embargo tan tímidas, que no tienen mayor deseo que

hacer el bien, y que temen siempre hacer el mal! *Deus tuus ipse est ductor tuus*: Vuestro Dios será él mismo vuestro guía. Aquí está hecho visible a vuestros ojos en vuestra carne, como el ángel se ofreció a Tobías bajo la figura de hombre para llevarlo a Gabel. No ignora lo que es la santidad. *Novi,* puede deciros con Rafael, *et omnia itinera ejus frequenter ambulavi:* Conozco, he recorrido todos los caminos, yo mismo estoy en el sendero que conduce a él; yo mismo soy esa santidad por la que suspiráis: agarráos a mí, y sin duda llegaréis a ese feliz término. Pero no sólo Jesucristo sabe todos los caminos que pueden conducir a Dios, también los enseña con mucha claridad.

CAPITULO II

No se puede dudar que, entre los patriarcas y los profetas de la antigua ley, no hubiera quienes conocieran la santidad, puesto que algunos de ellos se hicieron grandes santos; pero se puede decir, me parece, que ninguno la enseñó más que de un modo tan misterioso y oscuro que nadie la imaginó. La ley misma de Moisés no prescribe las reglas de la perfección más que figuradamente y bajo el velo de las observancias externas. Lejos de elevar a los hombres por encima de sus debilidades naturales, se acomodaba a la debilidad de los hombres: prueba de ello la multiplicidad de mujeres que permitía y el poder de repudiarlas que daba a los maridos; prueba la usura con los extranjeros, que jamás fue un crimen para el pueblo judío; prueba también el odio de los enemigos, que incluso les era un precepto.

Jesucristo no ha ignorado nada de todo lo que puede formar la piedad más sublime, y nos ha comunicado, sobre esta materia, todas sus luces. El mismo nos asegura que nos ha revelado sus mayores secretos; que ha derramado, por así decirlo, en nuestros espíritus todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría con los que su Padre lo había enriquecido: *Omnia quaecumque audivit a Patre meo, nota feci vobis.* No podría desearse una prueba ni más convincente ni más útil de esta verdad que el detalle de su doctrina; nada hay más claro que

las lecciones que nos da, nada más eficaz que los medios que nos sugiere para nuestra santificación. Es él quien, para alejarnos de las acciones criminales, nos da a entender que hay que evitar los pensamientos que son como las semillas de las acciones y las miradas que hacen nacer los pensamientos. Es él quién, para prevenir todos los males que la sed de oro y de dinero suele producir en el mundo, nos ha descubierto este secreto admirable de la pobreza de corazón que nos separa de los bienes mismos que poseemos. Es él quien nos ha hecho conocer las consecuencias de las faltas ligeras que conducen a las más grandes. Es él quien proscribe hasta las palabras ociosas, a fin de que nuestra atención en apartarnos de ellas aleje de nosotros las tentaciones de la mentira y la maledicencia. El es quien para prevenir los funestos efectos de la cólera y de la venganza, ha ido hasta el corazón a secar la fuente de estas pasiones ordenándonos amar a nuestros enemigos y hacer el bien a quienes nos hacen el mal. Es él quien para facilitarnos la virtud de la paciencia, tan necesaria en los reveses de esta vida, nos enseña a buscar los tesoros que están escondidos en las adversidades y en las persecuciones; él nos hace comprender que hay motivos de alegría en todo lo que nos aflige, y que todo lo que el mundo llama desgracia, infortunio, calamidad, es justamente lo que debe hacernos felices en esta vida y en la otra: *Beati qui lugent, beati qui persecutionem patiuntur.*

Así, para conducirnos a la pureza de costumbres y a la inocencia de la vida, nos abre caminos seguros y hasta entonces desconocidos. Pero no es suficiente para nosotros observar los mandamientos, practicar las virtudes necesarias para la salvación; piadosos deseos os llevan a entrar en las vías de la perfección, y deseáis ver abrirse esta carrera sublime. Antes de Jesucristo nadie había dado las reglas de este nuevo combate; estas grandes máximas del desapego, del desprecio del mundo, del odio a si mismo, de muerte, de vida·espiritual, todo eso no había todavía llegado al conocimiento de los hombres; por el contrario, las antiguas Escrituras estaban llenas de promesas que parecían casi hechas para alimentar en los corazones el amor de los honores y de las prosperidades temporales. El Salvador del mundo ha sido el primero que nos ha hecho conocer

la diferencia que hay entre la virtud mediocre y la perfecta piedad, y ha hablado tan claramente sobre este asunto que no podría imaginar como tan gran número de personas se equivoquen en las ideas que se hacen sobre la devoción, y en ello dan pasos en falso.

Qui vult venire post, me abneget semetipsum. ¿No ha dicho expresamente, y más de una vez: Que quien quiera seguirme renuncie a si mismo; que no piense más ni en su reputación ni en sus intereses; que no escuche ni sus pasiones ni sus inclinaciones naturales; que declare la guerra a sus apetitos, a sus deseos, a su propia carne y a su propia voluntad; que se mire a si mismo como a un extraño y como a su enemigo más mortal? Quien no odia a su padre y a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, es decir quien prefiera agradarlos a ellos antes que a mí; quien, por miedo a desagradarlos, descuide lo que se refiere a mi servicio, quien no esté dispuesto a pasar por encima de ellos, cuando no pueda de otro modo cumplir mi voluntad: ése no puede ser mi discípulo: *Qui non bajulat crucem suam et venit post me, non potest meus esse discipulus.* Como si dijera: no os equivoqueis, discípulos míos: si teneis el deseo de santificar vuestras almas, es necesario que abracéis vuestra cruz y que la llevéis de buen grado; digo vuestra cruz, la que os ha sido dada por la providencia; porque en vano ayunaríais, practicaríais las mayores austeridades, si murmuráis contra esta pobreza a la que Dios os ha reducido, contra estos achaques, que él os envía, contra este enemigo, contra esta desgracia que él os provoca; si no podéis soportar, el humor de este esposo, el humor de este maestro, a quienes él os ha sometido: *Qui non bajulat crucem suam... Sinite mortuos sepelire mortuos suos.* El mundo debe ser, en el espíritu de quienes aspiran a la perfección, como una región de muertos, con los que los vivos no deben tener ningún contacto. Dejadlos que se afanen por el éxito de sus asuntos temporales, dejadlos que se dediquen a la observancia de sus leyes profanas, de sus pretendidas comodidades; no os hagáis ni admiradores ni esclavos de este mundo reprobado, pensad únicamente en agradar a quien debe ser vuestro único amo.

En fin, si hay alguien para quien estos consejos no son bastante sublimes, los hay más grandes aún, y con gusto deseo darlos a conocer en favor de esas grandes almas que no ponen límites a su amor. *Si vis perfectus esse, vade, vende omnia quae habes, da pauperibus, et sequere me:* Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que posees, da el dinero a los pobres, y, en este completo desasimiento, estate dispuesto a hacer todo lo que te exija. Hay personas que se alejan del matrimonio para evitar sus penas, pero hay otros que no lo rehuyen más que para alejarse de sus placeres. Ved si tenéis la valentía de imitarlos. Finalmente, el más alto punto a donde se puede llevar la perfección, es entregar su propia vida, estar siempre dispuesto a morir, no sólo para salvar su alma, sino incluso para salvar el alma de otro: *Majorem caritatem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis.*

He aquí el camino de la santidad; ¿hay algo más claro, más comprensible? Uno puede quizá asustarse de estas máximas tan contrarias a la naturaleza; pero al menos estará uno obligado a reconocer que no se ignoraba lo que había que hacer para ser santo. ¡Oh Dios mío! ¿Hasta qué punto estamos obligados a estar agradecidos? ¿quién podrá jamás comprender la grandeza de este beneficio? Para mí, no sabría explicaros mis sentimientos mejor que por medio de estas palabras de san Pablo: *Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus:* Nuestro Dios, nuestro Redentor nos ha hecho ver su misericordia y su bondad infinita. ¿En qué, gran apóstol? Erudiens nos, ut abnegantes impietatem, et secularia desideria, sobrie, et juste, et pie vivamis in hoc seculo. No es precisamente en haberse revestido de nuestra carne, y haber elevado nuestra naturaleza hasta el trono del Todopoderoso; no es sólo el haber cargado con nuestros pecados y las penas que les eran debidas; no es ni el derramar su sangre, ni el desarmar a la muerte, ni el darnos la esperanza de la resurrección: *Apparuit gratia Dei erudiens nos.* Estas son grandes pruebas de su amor; pero la mayor de todas ellas, a mi parecer, es que, con su ejemplo, nos ha enseñado a contrariar en nosotros las inclinaciones de la naturaleza, a despreciar el mundo, a romper las ataduras que nos encadenan a él, a librarnos de la servidumbre

de los vanos deseos; es el habernos mostrado los caminos de la santidad y de la justicia: *Ut abnegantes impietatem, et secularia desideria, sobrie, et juste, et pie vivamus in hoc seculo.* ¡Felices mil veces aquellos que, bajo un guía tan fiel, entren en estos caminos puros! Son llamados estrechos, porque la naturaleza se encuentra al principio molesta y contrariada; pero ¿a qué paz, a qué dulce libertad no conducen a un alma que se adentra en ella? El solo pensamiento de este feliz estado me llena de alegría, y me llevaría bien lejos de mi objeto si no me acordara de los límites que me he fijado. Volvamos pues a nuestro guía. Os he hecho ver que nos descubre con mucha claridad y exactitud el camino que conduce a la santidad: veamos ahora cómo nos lo allana por medio de sus ejemplos.

CAPITULO III

El profeta Isaías, hablando de la encarnación del Verbo eterno, hace esperar al pueblo elegido un maestro que podrá ver con sus ojos: *Erunt oculi tui videntes praeceptorem tuum.* Podía decir aún más: podía prometerles que este maestro visible incluso les daría lecciones visibles; que no sólo se revestiría de su carne, sino que encarnaría, si se me permite hablar así, sus preceptos y sus máximas, representándolas en si mismo, expresando por medio de acciones todo lo que había dado a entender por sus palabras. Era necesario que nuestro Redentor actuara de esta manera para prevenir todas nuestras dudas, para adelantarse a todas las inquietudes de los hombres de buena voluntad. Si se hubiera contentado con darles de palabra, o en libros santos, reglas de perfección, por inteligibles que hubieran sido estas reglas, hubieran podido ser oscurecidas por las interpretaciones; se les podría haber dado sentidos diferentes, y, ante el temor de errar, podían haber sido descuidadas. Pero practicando Jesucristo él mismo lo que enseña, caminando por delante de nosotros en el camino que nos ha enseñado, ¿qué lugar puede quedar para la duda y la irresolución? Aunque la estrella que apareció a los Magos en Oriente, les hubiera hecho entender por su situación en qué país debían

encontrar al mesías, así como san Juan Crisóstomo lo observó; aunque los doctores de Jerusalén les hubieran marcado precisamente que Belén era el lugar del nacimiento, no dejaban de caminar en cierto modo en las tinieblas, y de sentir incertidumbres; pero en el momento en que esta misma estrella que los había llevado a ponerse en camino se volvió a aparecerles en su ruta, y comenzó a precederles paso a paso, adecuando su curso a sus fuerzas, o más bien a su debilidad, entonces todas sus inquietudes se disiparon, y realizaron su viaje con una alegría que la Escritura parece no poder expresar con suficiente energía: Gavisi sunt gaudio magno valde.

Esto es lo que sucede a las almas santas que buscan a Dios en la simplicidad de su corazón. Se sienten encendidas por las palabras de Jesucristo y por las instrucciones que les ha dado; los sabios directores que hallan en su camino sirven para volverlas a levantar y reconfortarlas en las perplejidades que les sobrevienen; pero, si Jesucristo, que las ha embarcado en este camino, se presenta él mismo y les marca todos los pasos por medio de sus ejemplos ¿qué será capaz de perturbarlas o de inquietarlas?

Lo ha hecho con una bondad y una caridad increíbles. Nos ha dicho muchas veces que había que pasar por tribulaciones y adversidades para ir a su Padre; que la pobreza, el desprecio del mundo, el odio a uno mismo, el amor a nuestros enemigos eran los caminos que conducían al verdadero amor de Dios; pero estos caminos, no se ha contentado con mostrarnoslos de lejos y decirnos, como se decía a los Judíos: *Haec est via; ambulate in ea, et non declinetis ad dexteram neque ad sinistram:* Este es el camino, entrad en él, y no os apartéis ni a la derecha ni a la izquierda. Jesucristo hace más, por todas partes nos invita a seguirle. *Venite post me... Veni et sequere me... Qui mihi ministrat, me sequatur:* Venid detrás de mí; no os abandono a vuestra propia guía, quiero marcaros todos los pasos: seguidme, no podríais perderos caminando sobre mis huellas.

En efecto ha expresado tan bien en su conducta todas las máximas de su moral, que todo lo que los evangelistas han tenido cuidado de trasmitirnos se nos hace en cierto modo inútil. No no tenemos necesidad de estudiar las palabras del Sal-

vador del mundo, que quizá no comprenderíamos, ni consultar a los doctores, que en sus interpretaciones, no están siempre de acuerdo con el texto, ni entre ellos, ni a menudo con ellos mismos. ¿Queréis haceros santos? *Respice, et fac secundum exemplar quod tibi monstratum est:* Poned los ojos sobre Jesucristo y sobre los ejemplos que os da; ved a este Dios humillado en la pobreza de un estado, esta sabiduría muda y reducida a la simplicidad de un niño, esta majestad oscurecida, y como anulada entre unos pañales. Buscáis libros, consultáis a los padres de la vida espiritual para aprender a perfeccionaros en la virtud; ¿esperáis pues que os muestren nuevos caminos? ¿o os hacen falta ellos para seguir a Jesucristo en los que él ha seguido? Ignoráis que de treinta y tres años que vivió en la tierra, pasó treinta en la oscuridad de una casa pobre, desconocido por todo el universo? ¡que durante todo este tiempo, no tuvo otro testigo de su admirable santidad que a los ángeles, otra voluntad que la de José y María, otra virtud que la obediencia, la dulzura y la humildad? No hablo de su vida pública, en la que la modestia y el desinterés fueron siempre el carácter de su celo; en donde se mostró tan reservado en juzgar, en condenar incluso a los mayores pecadores; donde su placer ha sido hacer el bien, y su afán rechazar la gloria que llegaba a él; donde el ayuno, la oración, la soledad hallaron su lugar en medio de las mayores ocupaciones. No es todavía tiempo de representároslo sufriendo y muriendo en la cruz; basta decir que aunque todos los libros se hubieran perdido, todas las luces apagado, mientras nos quedara un crucifijo, no nos faltaría nada de todo lo que nos es necesario para adquirir la más alta perfección. *Christus passus est pro nobis, vobis reliquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus*, dice san Pedro. Almas cristianas, Jesucristo os ha dejado un ejemplo en su pasión y en su muerte; os ha dejado un modelo universal: que quienquiera que seáis, en cualquier estado que os encontréis, por cualquier camino que Dios quiera llamaros a su servicio, lo hallaréis en el Calvario; y en este camino, las huellas del hijo de Dios profundamente grabadas y marcadas con su propia sangre.

De manera que en lugar de las espesas tinieblas en las que

estábamos antes del nacimiento del Mesías, que parece que estamos con los pastores de Belén totalmente rodeados de claridad: *Et claritas Dei circumfulsit illos.* Claridades que traen consuelo al alma fervorosa que las desea con ardor, pero que traen inquietud en las almas tibias y lentas, que no podrán tener más excusa a la vista de esta luz que les descubrirá lo que no querían ver. Si Jesucristo se hubiera contentado con transmitirnos su doctrina en los libros, aparte de que se hubieran dividido las opiniones sobre su moral, como se dividen sobre los dogmas más claros del Evangelio, nos habríamos convencido de que todo lo que el divino maestro nos ha dicho sobre la santidad es menos un término al que el hombre puede llegar que una idea brillante y capaz de humillar su espíritu en la impotencia de a dónde tiene que llegar; pero cuando se ve cada punto de esta santa doctrina, cada precepto corroborado por mil ejemplos, y ejemplos de un Dios; cuando se ve a un Dios pobre, un Dios humillado, un Dios obediente, un Dios que muere libremente sobre una cruz: *verborum veritas splendet effectibus confirmata,* entonces, dice el sabio Teodoreto, la verdad de las palabras evangélicas confirmada por las acciones se muestra en una claridad tan grande, que uno no puede negarse a su luz; está uno obligado a reconocer que se ve claramente lo que habría que hacer, pero que uno no es capaz de decidirse.

Todo lo que he dicho hasta ahora del guía que el cielo nos ha dado, mostrando que él conoce los caminos que conducen a Dios, que los enseña con mucha claridad, y que marcha delante de nosotros, todo esto muestra bastante bien que nuestra ignorancia no tiene ya pretexto plausible. Pero ¿nuestra debilidad no podría hacernos inútiles todas estas ventajas? Las mismas luces que nos descubren el camino nos hacen ver al mismo tiempo sus dificultades. ¿No es capaz esta visión de abatir la valentía en los que tienen el mayor ardor para el bien? Lo sería si no conociéramos el poder de aquél que nos conduce y si no estuviéramos seguros que nos sostendrá con su ayuda tanto como nos iluminará con sus consejos.

CAPITULO IV

Para evitar una excesiva longitud bastará, en este capítulo, hacer notar que los maestros ordinarios no hacen más que comunicar sus luces al espíritu, pero que Jesucristo extiende su fuerza a los corazones; que él es la fuente, no sólo de la verdad, sino también de la gracia; que él está, como dice san Juan, lleno de la una y de la otra, las presenta ambas al mismo tiempo.

Por ello el Profeta, previendo la llegada del hijo de Dios, después de haber dicho que los senderos tortuosos serían enderezados, añade que los caminos pedregosos serán allanados: para enseñarnos que él debería descubrirnos los caminos de la salvación y al mismo tiempo facilitarnoslos: *Erunt prava in directa, et aspera in vias planas.* Este nuevo guía no podría ser mejor comparado que a la columna de fuego que conducía al pueblo de Israel hasta la tierra prometida. Es cierto que lo conducía por medio de desiertos horribles y estériles, por medio de países bárbaros y desconocidos, como para darlo como presa a los pueblos que los habitaban; pero al mismo tiempo esta nube celeste allanaba a este pueblo todas las dificultades, se extendía sobre todo el campo durante el día, para defenderlos de los ardores del sol; todas las mañanas derramaba el maná para alimentarlos, lanzaba fuegos y rayos contra los que se oponían al paso de la nación amada. He aquí una figura perfecta del Redentor. Es una nube misteriosa que nos cubre la noche y el día; no sólo disipa las tinieblas de nuestra ignorancia, sino que nos sustenta en los trabajos que encontramos al ir en pos de él, nos alimenta con dulzuras y consolaciones celestiales, calma nuestras pasiones; ahuyenta a los demonios y nos da la victoria casi sin que rindamos el combate. *Pax hominibus bonae voluntatis,* cantan hoy los ángeles sobre las montañas de Belén; dirigen sus cánticos a los hombres que aspiran a la santidad y que arden en el deseo de seguir a su nuevo rey. No les invitan a protegerse contra las dificultades que se encuentran en la práctica de la virtud, a tomar las armas contra los enemigos; por el contrario les anuncian la paz, les declaran que no se les pide más que buena voluntad: como si

dijeran que Jesús hará todo el resto; que no sólo se cargará con el fardo de nuestros crímenes, sino que nos llevará él mismo sobre sus hombros; que él solo combatirá, que vencerá todos los obstáculos, en una palabra que no tendremos más que seguirle y recoger el fruto de su victoria.

¡Sean por siempre alabados la bondad y el poder de nuestro Dios que nos procura una condición tan ventajosa! Para ser santo, no habrá más que querer serlo: el mayor de todos los bienes, la mayor felicidad, la única felicidad de esta vida no nos costará más que deseos. ¿Qué pensáis vosotras, almas tibias, que languidecéis desde tantos años en vuestras imperfecciones y que no queréis dar un solo paso para aproximaros a vuestro Dios? ¿Con qué pretexto podréis teñir vuestra languidez? ¿Alegaréis, con el paralítico del Evangelio, que necesitáis un hombre que os lleve o que os conduzca al término a donde desearíais llegar? *Hominem non habeo.* Aquí está, este hombre que tiene luces infalibles para conocer la verdad, un celo ardiente para enseñarlo, una caridad inalterable para conducir hasta ella, una fuerza invencible para sostener y para ayudar a caminar por los senderos espinosos de la virtud; Dios mismo se ha hecho hombre para procuraros todas esas ventajas. Ya no podéis ignorar lo que debéis hacer, el Evangelio habla demasiado claramente y la vida de Jesucristo es un modelo demasiado visible. No podéis pretextar vuestra debilidad: la gracia de Jesucristo es una ayuda demasiado poderosa para dejarnos ningún lugar para quejarnos de nuestra incapacidad. No son fuerzas lo que se nos pide: Dios conoce demasiado bien los dones que ha dado a sus criaturas para exigir de ellas más de lo que les ha dado; no se os pide más que una voluntad sincera, las fuerzas os vendrán de otra parte, y, cuando vuestro deseo sea verdadero, a Dios no le faltará poder como a vosotros no os faltará su ayuda.

Si dudamos todavía en convertirnos, en santificarnos, ciertamente es que no lo queremos. ¡Oh! ¿Sí lo quiero! me dices; y para el reposo de mi vida, este deseo está muy penetrado en mi corazón. Viviría en paz si fuera santo, o si no deseara serlo. Y yo te digo que si fueras santo o tuvieras la voluntad de llegar a serlo, gozarías de una paz perfecta: *Pax hominibus bonae*

voluntatis. Queremos ser santos, eso es cierto; pero también es verdad que no lo queremos. *Vult et non vult piger,* dice el sabio: El alma perezosa quiere y no quiere al mismo tiempo, y estos deseos contrarios le dan la muerte: *Desideria occidunt pigrum.* Querrían ser de Dios y del mundo, ir al cielo por caminos que no pueden conducir a él, ser más perfectos de lo que son, sin dejar de ser sin embargo lo que en efecto son, y en lugar de tener que cambiar de costumbres para hacerse santos, querrían que la santidad cambiara de naturaleza para acomodarse a nuestras inclinaciones; querrían entregarse por completo a la práctica de la virtud, si nada los apartara de ello; pero este obstáculo que los detiene es tan ligero que no parece sino que uno quiere ser apartado. Una afición pueril a los objetos más frívolos será a veces la atadura que nos retendrá. Unas veces con gusto por una ropa que creemos que ensalza nuestros encantos naturales, otras veces un resplandor de gloria que esperamos atraer con nuestros talentos; aquí un vano temor de avergonzarnos de los pecados a los pies de un confesor, o de las buenas acciones a los ojos del mundo; allí un resto de placer, que se mezcla con las penas y las molestias que acompañan a la vida mundana: esto es lo que trastorna y hace inútiles las santas resoluciones.

¡Oh! ¡Qué alejada está esta disposición de esta buena voluntad a quien los ángeles han anunciado la paz! Esta voluntad sincera, dispuesta a franquear las dificultades, no duda más que el tiempo que ignora el camino que debe tomar. ¡La carrera está abierta para ella! necesita un freno para moderar sus excesos y para retenerla en los límites de la prudencia cristiana. Qué placer verla entregarse a Dios sin reservas y decirle con san Pablo: *Domine, quid me vis facere?* Señor, aquí estoy dispuesto a todo: ¿qué queréis que haga? Otras veces como el mismo apóstol desafiar al cielo de conmover su valentía o de apagar su ardor: *Quis nos separabit a caritate Christi?* Este alma apasionada de alguna manera por la santidad la busca al menos con tanto afán como el avaro busca el bien, como el ambicioso persigue los honores; es decir que, para satisfacer una pasión tan noble, está dispuesta a sacrificar su reposo, a exponer incluso mil veces su vida: todos los bienes y males

que ve en la tierra, todo lo que la Providencia puede permitir que le suceda de ventajoso o de funesto no la aflige ni la alegra sino en la medida que puede servir o perjudicar a su deseo: todos los caminos le son buenos para ir a Dios, y ella eligirá el más duro y el más estrecho, con tal de que sea el más seguro y el más corto.

Esto es lo que se llama tener hambre y sed de justicia; éstos son a quienes Jesucristo ha declarado, en su Evangelio, bienaventurados y ha prometido saciar: *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur!* Serán saciados porque Dios mismo saciará un deseo tan santo; srán saciados porque en este único deseo serán confundidos todos sus otros deseos; finalmente serán saciados en el cielo, donde gozarán eternamente de Dios, según la extensión de sus deseos.

Oraciones de San Claudio de la Colombière al Sagrado Corazón de Jesús

Las oraciones que recogemos aquí no son un aditamento a nuestro trabajo. ¡La oración de los santos refleja la belleza de su alma! Los tres actos que hemos escogido a propósito reflejan el candor, la humildad, el espíritu de abandono y la perfecta abnegación del padre de la Colombière; dan testimonio al mismo tiempo de su confianza a la piedad de nuestros lectores.

I. ACTO DE ABANDONO AL DIVINO CORAZON

Sagrado Corazón de Jesús, enseñadme el perfecto olvido de mí mismo, ya que es el único camino por donde se puede llegar a Vos; haced demanera que no haga nada que no sea digno de Vos; enseñadme lo que debo hacer para llegar a la pureza de vuestro amor, del que me habéis inspirado el deseo. Siento en mí una gran voluntad de agradaros y una gran incapacidad de llegar a término sin una luz y un socorro muy particulares

que no puedo esperar más que de Vos. haced en mí vuestra voluntad, Señor; me opongo a ella, y lo noto bien; pero quisiera no oponerme, Vos debéis hacerlo todo, divino Corazón de Jesús; Vos solo tendréis toda la gloria de mi santificación, si me hago santo; esto me parece más claro que el día; pero será para Vos una gran gloria, y solamente por ello quiero desear la perfección. Así sea.

II. ACTO DE PETICION DE UNION PERFECTA CON EL CORAZON DE JESUS

¿Qué haréis Vos, Señor, para vencer la dureza de nuestros corazones?... No veo más que un solo remedio para un mal tan grande; es necesario, ¡oh Dios mío! es necesario que nos deis otro corazón, un corazón tierno, un corazón sensible, un corazón que no sea de mármol ni de bronce: tenéis que darnos un corazón en todo parecido al vuestro, tenéis que darnos vuestro corazón mismo. Venid, amable Corazón de Jesús, venid a colocaros en medio de mi pecho, y encended un amor que responda, si es posible, a las obligaciones que tengo de amar a Dios. Amad a Jesús en mí, tanto como me habéis amado en él; haced que no viva más que en él, y que no viva más que para él, a fin de que, eternamente, pueda vivir con él en el cielo. Amén.

III. ACTO DE CONSAGRACION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Oh mi adorable Redentor, me entrego y me consagro a vuestro sagrado Corazón en la manera más perfecta y más amplia que me es posible.

Me he clavado por así decirlo a vuestra cruz por los votos de mi profesión; los renuevo en este Corazón divino en presencia del cielo y de la tierra.

Os doy gracias de habérmelos inspirado. Confieso que el yugo de vuestro santo servicio no es rudo ni pesado, que no me encuentro embarazado por mis ataduras. Querría, por el contrario, multiplicarlas, apretar más los nudos.

Abrazo pues la amable cruz de mi vocación hasta la muerte, ella será todo mi placer, toda mi gloria y mis delicias. *Absit mihi gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mihi mundus crucufixus est, et ego mundo.* ¡A Dios no le agrade que me glorifique, que me alegre nunca, más que en la cruz de Jesucristo!

¿A Dios no agrade que tenga nunca otros que su pobreza, otras delicias que sus sufrimientos, otro amor que él mismo!

No, no, mi amable Salvador, jamás me desataré de Vos, y no me ataré más que a Vos; los más estrechos senderos de la vida perfecta a la cual soy llamado no me dan ningún miedo, porque Vos sois mi luz y mi fuerza.

Espero pues, Señor, que me haréis inquebrantable en todas las tentaciones, victorioso contra los esfuerzos de mis enemigos, y que extenderéis sobre mí esta manos que me ha concedido tantos favores, para ser para mí siempre más generoso. Os lo suplico, mi adorable Jesús, por vuestra sangre, por todas vuestras heridas, y por vuestro sagrado Corazón.

¡Haced que, por la consagración que os hago de todo lo que soy, me haga en este día una nueva producción de vuestro amor! Así sea.

INDICE

PRIMER RETIRO ESPIRITUAL DE 30 DIAS EN LYON

PRIMERA SEMANA:

Preparación 5
Principio y fundamento 5
Pecado de los Angeles 7
Pecados propios 7
Muerte 8
Purgatorio 9
Juicio universal 10
Desolación espiritual 11
Sagrada Eucaristía 12
Véncete a ti mismo 13
Progresos en la perfección 14

SEGUNDA SEMANA:

Reino de Cristo 16
Encarnación 16
Circuncisión 17
Huida a Egipto 17
Presentación 18
Navidad 18
Niño perdido 18
Vida oculta 19
Bautismo 20

Desierto 21
Elección de los Apóstoles 22
Bienaventuranzas 23
Tentación de vanagloria 23
Tres maneras de humildad 23
Tres binarios 24
Repetición de las dos precedentes 25

PROYECTO DE VOTO:

Sumario de las Constituciones 27
Reglas comunes 29
Reglas de la modestia y de los sacerdotes 30
Motivo de este voto 30
Algunas consideraciones que me animan a hacer este voto 31
Misión de los Apóstoles 33
Celo apostólico 34
Pobreza apostólica 35
Mortificación apostólica 35
Observancia de las Reglas 35
Desprecio del mundo 36
Humildad apostólica 37
Repetición 37
Desconfianza de sí mismo 39
Oración 39
Conformidad con la voluntad de Dios 40

TERCERA SEMANA:

Preparación a la Pasión 41
Prendimiento de Jesucristo 41
Repetición 43
Negaciones de San Pedro 43
En el Palacio de Herodes 44
En el Pretorio de Pilatos 44
Flagelación y Coronación 45
Ecce Homo 45

Sentencia de muerte 46
Crucifixión y muerte 46
Sepultura 47

CUARTA SEMANA:

Resurrección 49
Impasibilidad de Jesús 49
Ascensión 50
Repetición 51
Primera contemplación para alcanzar amor 51
Segunda contemplación 52
Tercera contemplación 53

NOTAS POSTERIORES A ESTE RETIRO:

Combate espiritual 56
Tentación de vanagloria 57
Cuán noble es servir a Dios 58
Fidelidad a la gracia 59
Amor a al Cruz 59
Día de San Andrés (30 de Noviembre) 60
Día de San Francisco Xavier (5 de Diciembre) 61
Inmaculada Concepción (8 de Diciembre) 66
Respeto humano 67
Combate espiritual 69
Día de San Juan Bautista (24 de Junio) 70
Presencia de Dios 72
Día de Navidad 73
Pequeñez del hombre 75
Esencia de Dios 76
Espiritualidad de Dios 77
Desasimiento universal 79
Inmortalidad de Dios 79
Infinita perfección de Dios 80
Dios, fuente de toda perfección 81

SEGUNDO RETIRO ESPIRITUAL DE 8 DIAS EN LONDRES

SENTIMIENTOS Y AFECTOS VARIOS:

Aviso 84
Ardiente celo de las almas 85
Fin del hombre 86
Lazos del demonio 87
«No sacar el bien de su fuente» 87
Segundo punto de la Memoria 88
Renovación del Voto de perfección 89
Oración afectiva 89
Confianza ilimitada en Dios 90
Amor a Jesús Sacramentado 92
Devoción a la Iglesia Romana 92
Devoción al Sagrado Corazón de Jesús 92
La Gran Revelación (16 de junio de 1675) 93
Fin del Retiro. Afectos varios 94

EL ABANDONO CONFIADO A LA DIVINA PROVIDENCIA

1. Verdades consoladoras 98
   Confiemos en la sabiduría de Dios 99
   Cuando Dios nos prueba 101
   Arrojarse en los brazos de Dios 102
   Práctica del abandono confiado 103
2. Las adversidades son útiles a los justos, necesarias a los pecadores 105
   Hay que confiar en la Providencia 106
   Ventajas insperadas de las pruebas 108
   Ocasiones de méritos y de salvación 109
3. Recurso a la oración 110
   Para obtener bienes 110
   Para apartar los males 112

No se pide bastante 112
Perseverancia en la oración 114
Una confianza obstinada 115

EJERCICIO PARTICULAR DE CONFORMIDAD CON LA DIVINA PROVIDENCIA

1. Actos de fe, de esperanza y de caridad 118
2. Acto de filial abandono a la Providencia 119
3. Utilidad de este ejercicio 120

JESUS VIVE EN NOSOTROS Y PARA NOSOTROS

Introducción 122
I. Jesús desea ardientemente unise a nosotros 124
II. Vanas razones para no comulgar 131
III. Desinterés con que se nos da 133
IV. Jesús en la eucaristía sólo vive para nosotros 136

FLORES Y HOJAS DE OTOÑO

Capítulo I. El Paraíso 142
Capítulo II. Los elegidos 147
Capítulo III. La misericordia de Dios hacia los pecadores 150
Capítulo IV. La muerte 153
Capítulo V. El infierno 159
Capítulo VI. El abandono de Dios 164
Capítulo VII. Las riquezas 165

LA PAZ A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

Introducción 168

Capítulo I. 171
Capítulo II. 173
Capítulo III. 177
Capítulo IV. ....
Oraciones de San Claudio de la Colombière al Sagrado Corazón de Jesús 181
I. Acto de abandono al divino Corazón 184
II. Acto de petición de unión perfecta con el Corazón de Jesús 185
III. Acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús . 185